

—Zas! gritó Mondoñedo, le has roto el hueso del *esternon*. Cuevas logró afianzar el pie de su adversario y dió en tierra con Santiago Gonzalez.

Santiago Gonzalez tiró con tal fuerza un mechón de la cabellera de Felipe Cuevas, que lo dejó *tonsurado*.

Era tal la algazara, que el gefe del departamento acudió al calabozo.

—No hay que mezclarse, dijo Mondoñedo, deje usted que siga el duelo, esto es lógico.

—Aquí no hay lógica, señores; si continúan ustedes, los consigno al juez de turno.

—Eso es otra cosa, dijo Felipe con el ojo como una vegiga, yo estoy acostumbrado en los Estados-Unidos á respetar á la policía.

—Lo mismo yo, dijo Santiago algo alarmado por la amenaza; cedo ante la autoridad, y perdone si no sigo hablando porque tengo una quijada hecha pedazos.

El alcaide llegó al calabozo.

—Señor de Mondoñedo, está usted en libertad; puede usted salir con sus amigos.

Fué tal la alegría de los estudiantes, que olvidaron lo que habia pasado y se abrazaron como buenos amigos.

—Estamos de fortuna, observó Cuevas, la ropa no ha recibido lesion alguna; en cuanto al pellejo se remienda solo.

IV.

Varias personas de influencia se acercaron al ministro á solicitar la libertad de Mondoñedo; pidiéronse los documentos presentados por el alcalde, y resultó que uno de ellos era la lista de las beatas y la distribución de turnos para *velar* al Santísimo, y el otro papel el programa de los *Desagravios*, con la lista de los socios de la hermandad.

CAPÍTULO XVI.

Donde se demuestra que entre los preparativos de una boda y su celebracion, hay concordancia gallega.

I.

Eloisa Mons era una de las perlas mas brillantes que ostentaba en su corona la distinguida sociedad de México.

Esquisita en su trato, refinada en sus modales, dotada de una profunda simpatía y de una inteligencia despejada, giraba en su torno lo mas granado de la juventud elegante.

Eloisa habia visto pasar á los hombres como nubes fugitivas de primavera; no habia sentido la emocion intensa del primer cariño, hasta que su mirada de águila se posó en la frente de un sér excepcional, dotado del prestigio de la fortuna y de la aureola del romanticismo.

Aquel hombre, célebre por sus aventuras en Europa, sus dueños en los Estados-Unidos, sus prodigalidades en América, era el sér que debia arrojar el primer rayo de amor en el corazón virgen de aquella criatura.

Eloisa amaba hasta el delirio, y se creia correspondida.

Decirle á aquel ángel de pureza y amor, todo es mentira; el cariño es una sombra que dura menos que la palabra en el viento, si no hubiera sido asesinarla.

Vivia bajo el dosel purísimo del cielo, sin celos, sin inquietudes, y acariciando las imágenes que atravesaban sin cesar la atmósfera azulada de su pensamiento, esos ángeles invisibles cuyo vuelo se percibe en el cielo del corazón, y batir sus alas y humedecerlas en las linfas transparentes del alma.

Eloisa amaba con el corazón y con el pensamiento, los motores del espíritu humano.

Creía, porque el amor sin la fé es el crepúsculo sobre el horizonte, la niebla al través de la vida, haciéndola opaca y lúgubre.

Llamaba al ángel de la belleza para sacudir esa cascada de rosas sobre su espalda y su garganta, y el ángel encendía sus alas, y entibiaba su aliento, y agitaba el seno de espuma; daba un tinte bellissimo á todo aquel sér hechicero y encantador.

Eloisa veía cercano el momento en que su amante debía presentarla en las aras del Creador para jurarle entre el perfume del incienso y de su corona de azahares, atmósfera del cielo de la tierra en un solo aliento, que su amor sería eterno.

II.

Aquel hombre, amado con tanto ardor y sinceridad, era don Fernando Moncada.

El jóven calavera, acostumbrado á estrujar el corazón de las mujeres, y destituido de aquellos sentimientos que hacen al hombre un ser digno en el mundo de la verdad y de las ilusiones, había perdido en el torrente de la disipacion las flores de su alma. Sentía halagado su orgullo con los amores de Eloisa

ostentaba, y sin embargo, daba largas al asunto del matrimonio; su fortuna sufría un desfalco terrible, sus compromisos aumentaban, y el juego consumía sus cuantiosas rentas.

La esperanza de salvacion era Eloisa; aceptaria su enlace en el postrer momento de la bancarota, y ese estaba muy próximo si no es que ya había llegado.

D. Fernando concibió algo de amor por Rosa; creía que la hija de un comerciante arruinado tendria que aceptarlo tarde ó temprano, y resuelto á esperar, mantenía en vivo fuego los amores de aquella inocente, á quien destinaba al sacrificio del desengaño.

Rosa no había recibido esas primeras impresiones que dejan en el alma las palabras santas de una madre.

Entregada al cuidado de mujeres extrañas, no conocía el amor sublime de la hija al ser que le ha dado vida y aliento.

En el colegio se hizo egoísta; concedora despues del fatal secreto de su nacimiento, vivía triste aparentando desconocer lo que tanto la molestaba.

De aquella situación sacó una esperanza que halagaba profundamente su orgullo: quiso ser legitimada y ostentar el nombre de los Borbones.

Cabrera ayudaba á sus pretensiones y ya la hemos visto atravesar sin miedo las turbulentas olas del océano, llegar á las playas mexicanas y hacerse el agente mas activo de la intervencion, siempre que el movimiento convirgiese hácia el centro de sus ambiciones.

Rosa amaba en don Fernando el título, su cariño era una mezcla de aspiracion y orgullo en la que entraba también la simpatía; era un amor inexplicable, pero al fin era un amor.

El amor en ciertos corazones es un elemento de destruccion, es el rayo combinado, la mar siempre inquieta, la sirte amenazante.

Eloisa por el contrario, aspiraba solamente al cariño del

hombre á quien adoraba, era el sueño de flores de la corona de azucenas ciñendo el alma virgen de la criatura.

El alma de don Fernando estaba suspendida entre el cielo y el océano.

El cielo podía enturbiarse y desprender el rayo; una actitud de tormenta, el mar abriría un profundo abismo á sus pies.

III.

En esta crisis terrible llegó la noche aquella, en que el estudiante Felipe Cuevas, sin mas razon que el espíritu de la verdad, acertó á dar una estocada al conde del Jaral.

Don Fernando estaba en su estudio disponiendo sus papeles y se notaba en él cierto fondo de malestar inesplicable; su rostro estaba pálido y sus ojos velados por unas ojeras pronunciadas; se comprendía que la noche la habia pasado en vela.

Efectivamente, el conde sentado á una mesa de juego, habia perdido su fortuna al azar, y su fortuna voló como el humo de la pipa.

Acobardado ante sus compromisos imposibles de satisfacer, se decidió por el matrimonio y se decidió á verificarlo con la señorita Eloisa Mons, creyendo que Rosa no podría enterarse del acontecimiento.

Mondoñedo llegó á la casa del conde, y con su acostumbrada familiaridad, se acercó á su amigo dándole un golpe en el brazo.

—Cuidado, que me haces mal.

—Qué te ha pasado?

—Nada, es una ligera herida que he recibido hace algunas noches.

Una sospecha cruzó por el corazón del estudiante.

—Y dónde aconteció esa desgracia?

—Pst! llamas desgracia á un ligero rasguño! Demonio! lo doy por bien empleado con el susto que llevó ese majadero.

Aquello no era sospecha, era la realidad; Mondoñedo procuró disimular cuanto pudo, por no hacer entrar al conde en sospechas.

—Conque se aturrulló tu heridor?

El conde no respondió, ocupado como estaba en el arreglo de sus papeles.

—Y es de gravedad? insistió el estudiante.

—Algo se ha enconado, parece que era hoja de verdugillo. Mondoñedo sintió oprimido su corazón por una mano de hierro.

—Vamos, continuó don Fernando, ayúdame, que tengo que darte una noticia muy importante.

Mondoñedo entregado al turbion de sus ideas y á la desesperacion de sus celos, no oyó á don Fernando.

—Vamos, parece que estoy hablando en desierto, acércate y trágame esos legajos.

El estudiante se aproximó á la mesa.

—Pues decia, amigo Mondoñedo, que esta noche doy el golpe, me caso!

El estudiante dejó caer los legajos que tenia en la mano y echó el tintero sobre la carpeta.

—Satanas cargue contigo! exclamó el conde, ya manchaste ese documento.

—Perdona, fué una casualidad.

—Pues señor, lo dicho, me derrumbo, es decir, me caso.

—Y con quien? preguntó con ansiedad terrible el estudiante.

—Parece que te interesas demasiado; diantre! cualquiera diría que eras el novio.

—Deja las bromas y díme la verdad.

—Es un secreto.

—Dímelo por Dios, Fernando!

—Vaya un hombre original.
 —Necesito que me digas el nombre de tu novia.
 —Ea, majadero! suelta, que me lastimas.
 —Perdona otra vez, hoy vengo muy preocupado.
 —Voy á decirte ese nombre que tanto excita tu curiosidad.
 —Ya te escucho.
 —Pienso castigarte con mi silencio.

—No, no lo harás, porque sabes cuanto me intereso por ti. Tal vez acaso pueda darte un consejo, ¿no es verdad? ---- yo te hablaré con franqueza, tú no necesitas de mi opinion, pero yo soy tu amigo.

—Bien, pues esta noche me desposo con Eloisa.

El estudiante sintió otra vez las palpitaciones de la vida y se arrojó casi llorando al cuello de don Fernando.

—Bien, hombre, déjame; basta de felicitaciones, que me voy á hacer sangrar la herida.

—Tu eleccion no puede ser mas de mi agrado, la señorita Mons es un ángel, un serafin, tú vas á ser muy feliz, ademas rica, riquísima, inmensamente rica.

—Y eso qué importa! dijo con indiferencia aquel hombre, obstando de sentir el dedo sobre la llaga.

—Algo importa, el dinero es la base sobre la que se levanta la felicidad. Oh! si yo tuviera la milésima parte de tu fortuna me casaba con Rosa.

Aquel nombre pronunciado por Mondoñedo, trajo á la memoria del conde á la jóven abandonada.

Serenóse instantáneamente y preguntó con indiferencia:

—Conque tú tambien estás enamorado?

—Sí, hasta las entrañas.

—No me habias hablado nunca de Rosita.

—Es que ese nombre no sale jamas del corazon.

—Y dónde vive tu novia?

Mondoñedo le tenia miedo al conde, y eso detuvo su lengua.

face fatal, porque el estudiante respondió sin inmutarse: Santa Teresa número 4.

—No es, murmuró don Fernando.

—Soy dichoso, balbutió Mondoñedo.

—Conque hablemos de mi negocio: he dispuesto una fiesta íntima, un convite de familia, nada de ostentacion; pero eso no quiere decir que tú no asistas, van algunos amigos y yo te cuento entre ellos.

—Lo sé, Fernando, y tendré una positiva satisfaccion en presenciando una ceremonia de la cual depende tu bienestar futuro.

—Muy moral has aparecido.

—Hay cosas demasiado serias, señor mio, y yo respeto á la señorita Mons.

Don Fernando le tendió la mano á Mondoñedo.

—Te espero esta noche á las diez, cita inglesa.

—No faltaré, te lo juro por mi honor.

—Adios!

—Entre paréntesis, ¿me necesitas?

—No, gracias, todo está arreglado perfectamente.

—Nos veremos á las diez sin falta.

El estudiante salió como una aleluya y se dirigió á una casa de la calle de San Francisco.

IV.

Un billete de Rosa le habia anunciado cuál era su nueva habitacion.

Subió violentamente la escalera, y penetró en el aposento de la jóven.

Rosa estaba pálida, triste, desesperada; su amante no habia concurrido á dos citas, y ya comenzaba á alarmarse.

—Rosa, dijo el estudiante, he sufrido de una manera imponderable; dígame usted, qué ha pasado?

—Ese viejo Torre-Mellada, cuya hija robaron los amigos don Fernando, creyó que en mi casa estaba oculta Isabel, y metido á la policía.

—Esto es horrible! yo subia, atraido por el bullicio, y aprehendieron como á un conspirador; no sé qué punto de contacto tenga esto con el rapto de la Torre-Mellada.

—No importa, ya pasó todo, he aquí el fruto de una verdadera.

—El conde ha tenido su aventura.

Plegóse el ceño de Rosa.

—Sin saber por qué motivo, se sintió atacado por un maldito, que acertó á herirle en un brazo.

—No vale la pena.

Mondoñedo quedó satisfecho.

—El conde tiene una aventura peor aún.

—Será otro lance? Ese hombre busca la desgracia por todas partes.

—Es que se trata de su fortuna.

—De su fortuna? preguntó Rosa con estrañeza.

—Sí, dijo el estudiante, fijando sus ojos tenazmente en el rostro de Rosa, el conde del Jaral se casa esta misma noche.

Mondoñedo dejó caer una á una estas palabras, buscando el efecto que debian producir en el alma de Rosa, toda vez que interesara por don Fernando.

El rayo lanzado por el estudiante era tan vivo, tan repetitivo, que la jóven se quedó como petrificada sin comprender nada.

Mondoñedo perdió hasta la última sombra de sospecha.

—Deme usted ese pañuelo, dijo Rosa para alejar al estudiante.

Mondoñedo se levantó y Rosa pudo entrar en esa calma que es de todo punto necesaria en las grandes vicisitudes.

—Decia yo, prosiguió el estudiante, que mi amigo don Fernando se casa esta noche.

—Lo dudo, porque el conde es un calavera y no dará jamás su consentimiento en el matrimonio.

—Cuando yo lo aseguro, que soy el amigo de intimidad, se debe creer á piés juntillos.

—Y quién es la novia?

—La señorita Eloisa Mons.

La fisonomía de la jóven se contrajo horriblemente; pero Mondoñedo, precisamente porque observaba de hito en hito á Rosa, no lo pudo notar.

—A las diez de la noche se efectúa el matrimonio, por eso he anticipado mi visita.

Rosa ya no podia contener sus lágrimas.

—Amigo mio, dijo á Mondoñedo, me siento algo indispuesta: si tuviera usted la bondad de venir mañana se lo agradecería.

—Como usted guste, respondió el estudiante, y volviéndose de súbito la dijo con profunda emocion: perdone usted si la importuno, pero cuando veo á alguién que entra por las puertas de oro y flores de la dicha, entonces el amor que está depositado en el fondo de mi alma se rebela, siento acrecer la pasion que hace tanto tiempo me consume, y mis lábios rompen el secreto en que se han recojido... Rosa, yo amo á usted, hasta ahora no he alcanzado una sola esperanza, un rasgo de compasion.

—Compasion! murmuró la jóven... compasion! esa palabra es un sarcasmo, yo soy quien la necesito; pero usted no se halla al tanto de la tempestad sombría que cruza por mi espíritu abatido; algun dia rasgaré ese denso velo y entonces del fondo de mi pecho se arrancará la palabra compasion, ese ay tristísimo de agonía en los últimos momentos del alma!

—Rosa, usted sufre, y esto me destroza el corazon; yo presiento algo terrible, sé que voy atado á una cadena cuyos eslabones invisibles me arrastran á la fatalidad: este misterio, estas palabras que significan mucho y no puedo comprender, me enloquecen! yo vivo en el vértigo del delirio, en la duda y en la ansiedad!

—Plegue al cielo, dijo la jóven, que no salgais de esas tinieblas; porque es terrible despertar de un sueño para encontrarse

en el terreno de la realidad. Adios! olvidad vuestro amor, yo no puedo amar á nadie, mi corazon repele todo, soy un ser excepcional, mi alma se levanta por cima de las pasiones humanas... he sabido amar, amar hasta la locura, hoy ya no amo; el lienzo de la vida se empozoña, el horizonte se tiñe de sangre y el acanto apacible que otras veces se ha exhalado de mi corazon, hoy es un rugido de desesperacion! Idos, Mondoñedo, mañana sabréis lo que despues deseareis olvidar. Adios!

La jóven se lanzó violentamente al interior de los aposentos. Mondoñedo quedó como una estatua, mudo, helado y en silencio; no sabia que pensar de aquella súbita metamórfosis; hasta entonces habia creído en una mujer; desde aquel instante el ángel se trasformaba en génio, pero en génio de la desesperacion.

Las esperanzas que habian surgido durante el período que llevaba de tratar á Rosa se arrancaban para siempre; el estorbo delante se sentia al borde de un abismo, sin percibir un rayo de luz que le alumbrase; aquello era superior á su inteligencia, estaba por cima de su corazon que era sereno y arrojado.

Repúsose un tanto y salió de aquella casa como un demente y se echó á andar sin rumbo ni objeto por las calles de la ciudad.

V.

Rosa llegó á su aposento desfallecida, se arrojó en su lecho y lloró en silencio, pagando el tributo á su alma de muger.

Levantóse despues llena de orgullo, altanera, magestosa, acercóse á su mesa, tomó una targeta y escribió con pulso firme:

“Fernando: hace tres dias que faltas á nuestra cita; nunca me he sentido mas enamorada; ven, por la primera vez por recibirte. Una circunstancia imprevista nos proporciona

feliz instante por mí tan deseado; ven, te llama el cariño apasionado de

ROSA.”

Tiró del cordon de la campanilla, y se presentó una camarera.

—Al señor don Fernando Moncada; que se le entregue en propia mano.

La camarera salió.

—Ya estás en mi poder, exclamó la jóven fijando una mirada siniestra en el cuadro de la Herodías.

—Primero así exclamó señalando la cabeza del Bautista..... esta pintura es acaso una cifra del porvenir!

CAPÍTULO XVII.

Donde se da cuenta de una música en que no han pensado Verdi ni Bellini.

I.

El estudiante salió por la puerta de San Lázaro, adelantó el camino del Peñon y á las dos horas de camino se sintió cansado y tomó asiento sobre una piedra que estaba sosteniendo el poste del telégrafo.

Esa via puede reputarse como una lengua de tierra, porque á sus costados se extienden las bellísimas lagunas de Chalco de Texcoco.

Mondoñedo contemplaba aquella vasta inmensidad donde el cielo azul sembrado de nubes blancas se reflejaba como una corteza de zafiro.

El aire de la tarde comenzaba á levantar las olas, que parecían en un continuo desvanecimiento como escamas de oro que se perdían en los confines del lago.

En el fondo del horizonte se veía una sucesión de picos en los lados de esa corona de montañas que ciñe el valle de México.

Las aves en bandadas, atravesaban por las lagunas y se posaban en las olas como grumos de espuma al soplo resbaladizo de las auras.

Las barcas pescadoras apenas se percibían como una sombra que se deslizaba por el cristal del agua.

A lo lejos aparecía el Peñon, esa pequeña prominencia en cuyo seno se reúnen los elementos volcánicos preparando para más tarde una catástrofe.

El infeliz estudiante no hallaba qué pensar sobre una situación tan oscura y preñada de reticencias y de misterios.

— El tiempo solamente desatará este lazo que me ahoga, decía en el delirio de sus dudas: yo amo á esa mujer, me llega el ardor de su alma y el fuego de sus pensamientos; pero me halló tan distante como el sol... esperemos, yo creo comprometida mi existencia en esta pasión.

Quedóse con el rostro escondido entre las manos y los brazos sobre sus rodillas, abismado en el mar insondable de sus pensamientos.

Un golpe de viento trajo velozmente un grupo de nubes, que unidas á otras formaron un cortinaje negro que apagó los rayos solares.

Desprendióse una violenta lluvia.

El estudiante se levantó pausadamente, y pocos momentos después estaba envuelto en la tempestad.

Echóse á andar; pero el trayecto era largo y llegó á la ciudad entrada la noche.

Escurriendo el agua, lleno de fango y con la desesperación en el alma, tomó asiento en uno de los banquillos de la Plaza de Armas, para dar tregua á la fatiga.

Hacia media hora que Mondoñedo descansaba, cuando percibió un ruido extraño y gritería.

Llevado de la curiosidad se acercó hácia el átrio que da al Empedradillo, y conoció que aquella algazara era nada menos que una furibunda *cencerrada*.

II.

Cuando se supo en México la muerte del joven general Leandro Valle, fusilado en el Monte de las Cruces por las hordas reaccionarias, se levantó un escuadrón, formado por los jóvenes más distinguidos de la sociedad.

El escuadrón tomó el nombre de *Valle*, y comenzó á organizarse definitivamente.

Aquella juventud eligió el patio del Monte de Piedad, para celebrar sus academias.

El edificio es vasto, sus departamentos bien combinados; pero en todo él se respira la época en que el señor don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, decretó su fundación.

Hay allí mucho de sombrío y recojido; sus empleados son silenciosos y dedicados, allí no se habla sino lo estrictamente necesario, existe la escala rigurosa en los ascensos, hay gefes seculares como los ahuehetes de Chapultepec; parece que las sombras de los empleados del siglo XVIII permanecen aun, y se echa de menos la peluca empolvada, la casaca de raso bordada, los zapatos bajos y el espadín. Creemos haber visto que uno usaba sombrero de *tres picos*, y estamos seguros de que alguno de los empleados lleva corbatín de resortes de acero, cuellos superabundantes y capa española hasta los tobillos.

El Monte de Piedad es uno de los establecimientos de beneficencia que han conservado su forma al través de las convulsiones políticas.

Se giran en él mas cantidades que en muchas de las oficinas recaudadoras del gobierno, y con un número reducido de empleados.

Las almonedas son muy concurridas: piezas de ropa que no tienen un sentido en la casa de Salin, se rematan á un precio ínfimo.

Los especuladores se apoderan de la almoneda.

Nos hemos divagado un tanto de nuestro objeto. Decíamos que la juventud atronadora del escuadrón Valle concurría al patio del Montepío á celebrar sus academias.

Aquel establecimiento que á las tres de la tarde se transforma en lugar de sombra y de silencio, se sintió extraño á la turba alborotadora de los nacionales.

Parecía que una parvada de golondrinas aventureras se había apoderado del edificio.

Aquello era una profanación; los retratos de Carlos III y del conde de Regla que yacen empolvados en el aposento del director, se habían irritado al escuchar las voces de la ordenanza y protestaban con la cédula y el reglamento en la mano.

El director, influenciado por el espíritu de aquel siglo, prohibió la entrada á los nacionales.

Los nacionales á su vez se irritaron contra el director, y le dispusieron un obsequio como aquel ofrecido á Saligny por sus compatriotas, y que á un sereno le pareció *música rara de los señores extranjeros*.

III.

Mondoñedo se acercó á un grupo de embozados que se había situado frente al Montepío.

—Hola, Mondoñedo! gritó la voz conocida de Santiago Gonzalez, ¿ya vienes prevenido?

—No sé de qué se trata.

—Pues óyelo, querido, que ya vamos á dar el segundo toque; extiende la vista y ve mirando á todos los amigos.

Los nacionales estaban armados de almireces, cacerolas, bandejas, cazos, campanas, matracas, sonajas, trompetones, cornetines y de cuanto instrumento ú objeto pudiera producir una música infernal.

—Quién capitanea? preguntó Mondoñedo.

—Quién ha de ser, respondió Felipe Cuevas que se hallaba en todas las aventuras, sino Agustín del Río, uno de nuestros gefes.

—Entonces, respondió el estudiante, la *batuta* está en buenas manos.

Acercóse un jóven alto, robusto, de bigote y piocha espesa, puro habano y sombrero de fieltro.

—Muchachos, dijo á los estudiantes, preparen las armas que ya va la segunda andanada.

—Ya estamos, Agustín, gritó la turba llena de regocijo.

—Corran la palabra, insistió del Río, que ya la sinfonía va á comenzar.

Agrupóse toda la gente de trueno, y al repique de una campanilla se soltó el infernal ruido que llegó á los salones del respetable director del Montepío.

Aquello era ---- era ---- Salvá trae la palabra en su diccionario: era una *cencerrada*; ¡pero qué *cencerrada*!

Aquello era la armonía de la discordancia, un trozo de la sinfonía del infierno, el vértigo de las escalas cromáticas en una descomposicion abominable, las *fiorituri* de Satanás en sus horas de mal humor.

La gente que paseaba en el átrio ocurrió al lugar que podemos llamar de la ejecucion, y se agregaban á todo aquel ruido los silbos, las carcajadas y los aplausos.

Los balcones del edificio permanecian cerrados.

Los inválidos de la guardia estaban azorados.

Cesó aquel aguacero de discordancia por algunos minutos para dar su último saludo al director, que no daba por aquella noche señales de vida.

Como una parvada de tordos á la detonacion de una escopeta, así se dispersaron los nacionales, y la noticia de tan gloriosa *cencerrada* circuló por toda la ciudad.

IV.

Luego que Gonzalez, Felipe Cuevas y Mondoñedo se encontraron solos, este les preguntó cómo seguian de sus contusiones.

—Ya estoy bueno, dijo Gonzalez, y lo poco que me quedaba me lo he desquitado con la *cencerrada*.

—Nos la ha pagado el director; figúrate, amigo mio, que en ese maldito establecimiento no nos reciben nuestras prendas.

—Tales están ellas.

—Eso no importa, es Monte de Piedad de Animas, y nosotros nos reputamos como tales.

—En el Montepío aguardarán á que uno se vuelva ánima para socorrerlo, y eso es horrible.

—Ya en la desnudez nos vamos pareciendo demasiado.

—Cuenten con mi bolsa, dijo Mondoñedo.

—Gracias. Pero de dónde diablos sales tan enlodado y con el sombrero escurriendo el agua?

—Vengo de un paseo.

—De natiacion?

—Punto menos.

—Vete á mudar ropa, que estás hecho un carámbano.

—Ademas, dijo el estudiante, que esta noche tengo que asistir al casamiento del conde del Jaral.

—Es buena noticia para Isabel, que me parece le ama todavía, dijo Cuevas por herir la susceptibilidad amorosa de Gonzalez.

Santiago respondió con socarronería:

—Rival menos.

Cuevas se mordió los labios.

—Nos veremos, el conde me espera, mañana puedo necesitaros.

—Te esperamos toda la mañana en la casa de Gonzalez.

—Muy bien, y adios.

V.

Felipe Cuevas, celoso de su concolega, juró tomar venganza al recibir el sopla-mocos de Gonzalez, y esa misma tarde le puso un anónimo á Don Fernando Torre-Mellada, dándole las señas de la casa y cuantos particulares le vinieron á las mientes colocando al irritado padre sobre la vía que paraba en el aposento del estudiante Santiago Gonzalez, donde yacia como tórtola enjaulada la desgraciada Isabel.

El inválido dejó caer la noche, y seguido de tres policías puso en acecho de la casa como un gato frente á la ratonera.

Los dos amigos se dirigieron á la habitacion de Gonzalez. Isabel, que habia recobrado su antiguo buen humor, los recibió con agasajo.

Cuevas extrañó verla, y se figuró que el anónimo no habia llegado á manos de Torre-Mellada.

Entablóse la tertulia de todas las noches, tocaron la guitarra y se cantaron seguidillas y canciones románticas, y despues trató la de hablar algo de la crónica del día.

Cuevas, con intencion dañada, refirió el casamiento del conde del Jaral.

—Se casa, y por él estoy en el borde de la perdicion, pesa la jóven; me ha entregado en manos de estos necios, y acaso burla de mi credulidad con ellos; es necesario terminar una situacion tan tirante, al menos no se reirán de mí.

Estas ideas atravesaron como un relámpago por el cerebro de la jóven, y pretestando cualquier cosa, se levantó de su asiento y salió al corredor.

Entró en su aposento, tomó su abrigo, y procurando no meter ruido, dejó con el mayor silencio y desesperacion la casa de los estudiantes.

Mucha era la dilacion de la jóven, tanto que ya se hacia notar en la pequeña concurrencia.

Levantábase Loreto en busca de su amiga, cuando la policia, acaudillada por el inválido, tomó las avenidas de los aposentos y se precipitó en el de recepcion.

—Alto ahí todos! gritó Torre-Mellada con voz de trueno.

Los estudiantes se quedaron petrificados.

—Qué busca usted en mi casa? preguntó Loreto.

—Señora, entréguemela usted.

—Pero qué quiere usted que le entregue?

—Lo que tiene usted oculto.

—No comprendo una palabra.

—Lo que pido es á mi hija, á Isabel, que vive en esta casa.

—Es cierto que aquí ha vivido algunos dias; pero hace un momento que desapareció.

—Rayo del cielo! exclamó el viejo; ¡esto es demasiado!

Los policia catearon todos los aposentos: la jóven habia desaparecido.

—Esta sí es una verdadera *cencerrada*, dijo Felipe Cuevas frotándose las manos.